

LA EDAD DORADA

una historia de nuestros días

Mark Twain

y

Charles Dudley Warner



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailelsole.org> - E-Mail: bailelsole@idecnet.com

PREFACIO

Este libro no fue escrito para una circulación privada entre amigos; no fue escrito para animar e instruir; no fue para improvisar durante las horas desocupadas de un trabajo pesado. No fue escrito por esas razones, y por ello es entregado sin las excusas habituales.

Podrá verse que trata de un estado totalmente ideal de la sociedad; y la principal vergüenza de los escritores en ese reino de imaginación ha sido la carencia de ejemplos ilustrativos. En un Estado donde no hay fiebre de especulación; un no deseo inflamado por la repentina riqueza, donde los pobres son todos ingenuos y están contentos, y los ricos son todos honestos y generosos, donde la sociedad está en una condición de pureza primitiva y la política es la ocupación sólo de los capaces y los patriotas, no hay necesariamente materiales para tal historia como la que hemos construido fuera de los ideales de la comunidad.

La no excusa es necesaria para los seguidores de la costumbre erudita de colocar fragmentos de la literatura en los inicios de nuestros capítulos. Era observado atentamente por Wagner que tales encabezamientos, con sus vagas sugerencias del asunto a las cuales sigue, acalora amablemente los intereses de los lectores sin satisfacer totalmente su curiosidad, y nosotros esperaremos que pueda encontrarlo en el presente caso.

Nuestras citas están escritas para un gran número de idiomas; están hechas por la razón de que muy pocas naciones extranjeras entre las cuales circulará el libro puedan leerlo en cualquier

lengua salvo para ellos mismos; mientras que no escribimos para una clase en particular o secta o nación, pero incluimos el mundo entero.

Nosotros no molestamos a la crítica; y no esperamos que la crítica que leerá el libro haga una reseña sobre él. Nosotros ni siquiera esperamos una buena reseña del libro que dirá lo que no se lee. No, no nos anticipamos a nada inusual en este tiempo de crítica. Pero si Júpiter, el cual pasó su opinión sobre la novela, nunca pasó a examinarlo en algunos momentos fatigosos de su vida posterior, esperamos que no sea posteriormente víctima de un amargo remordimiento.

Una palabra más. Es ésta, que pretende ser una producción conjunta, en la concepción de la historia, la exposición de los personajes, y en su composición literal. Hay apenas un capítulo que no lleva las notas de los dos escritores del libro. S. L. C. C. D. W.

[Nota del Editor: Los siguientes capítulos fueron escritos por Mark Twain: 1-11, 24, 25, 27, 28, 30, 32-34, 36, 37, 42, 43, 45, 51-53, 57, 59-62; y partes del 35, 49 y 56. Ver las cartas de Mark Twain al Dr. John Brown Feb. 28, 1874 D.W.]

CAPÍTULO 1

18 de junio. El *squire* Hawkins contemplaba la mañana encaramado en la «portillera» delante de su casa.

La localidad se llamaba Obedstown, en el Este del Estado de Tennessee. Uno no percibía —pues nada había en el paisaje que lo indicase— que Obedstown se hallaba en lo alto de una montaña, pero así era: una montaña que abarcaba condados enteros y se elevaba muy gradualmente. La región era conocida como «los Cerros del Este de Tennessee» y su fama en cuanto a producir algo bueno era comparable a la de Nazaret.

La vivienda del *squire* era una doble cabaña de troncos en estado de decadencia; dos o tres escualidos podencos yacían dormitando en el umbral y alzaban desganadamente el hocico cada vez que la señora Hawkins o los niños pasaban por encima de sus cuerpos para entrar o salir. Había basura esparcida por el solar pelado; cerca de la puerta veíase un banco y sobre éste una palangana de latón, un cubo con agua y una calabaza. Una gata se había puesto a beber del cubo, pero como el esfuerzo estaba agotando sus energías se interrumpió para descansar. Junto a la cerca había un receptáculo para cenizas y al lado del cubo un recipiente de hierro para fabricar jabón blando.

El título de *squire* lo debía Hawkins al hecho de tener a su cargo el correo de Obedstown; no era que el título correspondiese propiamente al cargo, sino que en aquellas regiones los ciudadanos principales han de tener siempre alguna clase de título, por lo cual ese habitual trato de cortesía se había extendido a nuestro hombre.

El correo era mensual y a veces llegaba a tres o cuatro cartas en una sola entrega. Pero ni aún semejante torrente epistolar podría ocuparle el mes entero al encargado de distribuirlas, éste «abría tienda» en los intervalos.

El *squire* contemplaba la mañana. Fragante y serena ésta, henchidas las brisas andarinas del aroma de las flores, había en el aire un murmullo de abejas; lo invadía todo esa impresión de reposo que los montes estivales proporcionan a los sentidos, así como la difusa y gozosa melancolía que inspiran hora y ambiente semejantes.

No tardó en presentarse, a caballo, el Correo de los Estados Unidos. Había una sola carta, y era para el encargado postal. El joven de largas piernas portador del correo se quedó una hora charlando, pues no había prisa; y al poco rato toda la población masculina del poblado se había reunido para hacer su aporte a la cháchara. Predominaban los pantalones de tela rústica de algodón tejida en casa, azules o amarillos, única variedad; todos llevaban un tirante, y a veces dos, de confección casera, hechos de estambre. Algunos de los presentes vestían chaleco, y los menos chaqueta. Los escasos chalecos y chaquetas que se veían eran, eso sí, más llamativos que discretos, pues estaban confeccionados con percal de dibujos moderadamente imaginativos: una moda que prevalece allí hasta el día de hoy entre aquellos miembros de la comunidad cuyos gustos están por encima del nivel corriente y pueden permitirse vestir con estilo. Todos sin excepción llegaban con las manos en los bolsillos. Si excepcionalmente una mano salía del bolsillo con determinado propósito, retornaba siempre. *Al mismo una vez cumplido el mismo*; y si la mano se dirigía ala cabeza, la inclinación que el gastado sombrero de paja adquiría tras haber sido alzado y vuelto a encasquetar persistía hasta que el siguiente saludo la modificaba. Había numerosos sombreros, pero ninguno derecho, y no se veían dos con idéntica inclinación. Nos referimos por igual a hombres, jóvenes y chicos. Y también hablamos de esas tres edades cuando decimos que todos ellos, o estaban mascando hojas de tabaco al

natural preparadas en su propia casa, o fumando lo mismo en una pipa hecha de una mazorca de maíz. Muy pocos de los hombres lucían patilla: ninguno gastaba bigote; algunos tenían bajo el mentón una espesa selva pilosa que les ocultaba la garganta: era lo único que allí se tenía por correcto en materia de barba, aunque no había zona alguna del rostro de cualquiera de los presentes que hubiera visto una navaja en la última semana.

Mientras hablaba el portador del correo los vecinos se mantuvieron un rato de pie, mirándolo con aire reflexivo; pero pronto aparecieron las señales de la fatiga, y uno tras otro fuéronse encaramando a la barra superior de la cerca, que ocuparon con la espalda combada y la expresión grave, pareciendo una bandada de buitres que se hubieran congregado para comer y esperasen oír el postrer estertor del moribundo en ciernes. El viejo Damrell dijo:

—No hay noticias del juez... digo, parece. No se sabe seguro: unos creen que va a tardar bastante y otros piensan que no. Russ Moseley le dijo al viejo Hans que él calculaba que estuviera en Obeds mañana o pasado.

—Pues ojalá yo lo supiera. En el corral tengo una cerda primeriza con lechones, y no sé dónde llevarlos. Si el juez se va a quedar con el corral tendré que sacarlos, digo yo. Puede que sea mañana, supongo.

El que tal decía frunció circularmente los gruesos labios dándole la forma de allí donde el tomate se une al tallo, y disparó un escupitajo que dejó muerto al abejaorro que se había posado en una mata a siete pasos de distancia. Uno tras otro los masticadores de tabaco prepararon una carga de jugo y la lanzaron contra el difunto con segura puntería e irreprochable exactitud.

—¿Y qué rumores corren por los Forks? —Prosiguió el viejo Damrell.

—Pues no sé apenas. El viejo Drake Higgins fue la semana pasada a Shelby. Llevó su cosecha, la mayor parte no pudo venderla, no era tiempo para vender, así que se la trajo de vuelta, dice que

va a aguardar al otoño. Habla de marcharse a Missouri... Son muchos los que hablan de hacer lo mismo, dice el viejo Higgins. Ya no se gana para vivir en estos tiempos. La gente dice que Si Higgins se fue a Kentucky y allí se casó con una muchacha de calidad, de una de las primeras familias, y ha vuelto a los Forks con un montón de ideas estrafalarias. Ha arreglado la vieja casa como lo hacen en Kentucky, según él, y ha habido gente que ha venido desde Turpentine para verla. Ha revocado todo el interior con mortero.

—¿Qué es mortero?

—No sé. Él lo llama así. Me lo contó la vieja Mama Higgins. Dijo que ella no va a vivir en semejante agujero de porquería, como una cerda. Dijo que es barro o una imundicia parecida, que se pega y lo cubre todo. Si lo llama mortero.

Aquel fenómeno suscitó un controversia considerable, incluso apasionada. Pero al poco rato se armó cerca de la herrería una pelea de canes, y los congregados fueron abandonando calladamente la cerca como torcazas para acercarse a paso vivo al campo de batalla, con un interés rayano en el entusiasmo. El *squire* se quedó y se puso a leer la carta. Cuando la hubo leído suspiró y a continuación permaneció un largo rato meditando. De cuando en cuando decía:

—Missouri... Missouri. Bien, bien, bien. Todo es tan impredecible...

Finalmente dijo:

—Creo que lo haré. Aquí uno se enmohece. Mi casa, el patio, de hecho todo lo que me rodea revela que me estoy convirtiendo en un bovino como esos... habiendo sido en otros tiempos una persona próspera.

No pasaba de treinta y cinco años, pero su aire de extenuación lo hacía parecer mayor. Abandonó la «portillera», entró en la zona de la casa que estaba dedicada a tienda, llevó a cabo con una anciana de vestido de mezclilla el trueque de un cuarto de melaza espesa por una piel de mapache y un pan de cera de abejas, dejó a un lado la carta y entró en la cocina. Su esposa estaba allí preparan-

do unas tartaletas de manzana. Un desaliñado rapazuelo de diez años soñaba con una veleta diseñada por él mismo; su hermanita, de casi cuatro, ensopaba pan de maíz en un poco de la salsa de carne sobrante en el fondo de una sartén, procurando no trasponer una línea trazada con el dedo para dividir en dos la superficie, ya que la otra mitad pertenecía al otro, cuyas ensoñaciones le hacían momentáneamente olvidar el estómago; ante un vasto fogón estaba cocinando una mujer negra. La indolencia y la pobreza marcaban el lugar.

—Nancy, estoy decidido. El mundo está harto de mí y quizá yo debería estarlo de él. Pero no importa... sé esperar. Voy a irme a Missouri. No estoy dispuesto a permanecer en esta región acabada y a hundirme con ella. Hace tiempo que lo vengo pensando. Venderé todo esto por lo que me den, compraré una carreta y un tiro de caballos, os meteré en ella a ti y a los niños y partiremos.

—Lo que es bueno para ti lo es para mí. Y calculo que los niños no lo pasarán peor en Missouri que aquí.

Tras indicar a su mujer que lo siguiese al dormitorio para mantener allí una conversación en privado, Hawkins dijo:

—No: estarán mejor. He pensado en ellos, Nancy —su rostro se iluminó

—¿Ves estos papeles? Pues son la prueba de que he tomado posesión de setenta y cinco mil acres de tierra en este condado... ¡Piensa en la enorme fortuna que eso va a significar algún día! ¡Qué digo: enorme no es la palabra, Nancy... es excesivamente modesta. Te aseguro que...

—Por el amor de Dios, si...

—Aguarda, Nancy, aguarda un momento... déjame terminar. He estado semanas con esta grandosa visión de futuro bullendo en mi interior, y tengo que hablar o reviento. No se lo he comentado a nadie... ni una sola palabra... He controlado mi semblante por miedo a dejar traslucir algo que permitiese incluso a unas bestias como las que nos rodean darse cuenta de la mina de oro que resplandece

ante sus narices. Y lo único que hace falta para retener esta tierra y conservarla en la familia es pagar anualmente los insignificantes impuestos que las gravan: cinco o diez dólares. En la actualidad toda su extensión no se vendería por más de un tercio de centavo el acre; pero algún día habrá gente dispuesta a pagar ¡veinte, cincuenta y cien dólares el acre! ¿Qué te parecerían... —aquí bajó la voz hasta convertirla en un susurro y miró ansiosamente en derredor para cerciorarse de que nadie más le escuchaba— ... qué te parecerían mil dólares el acre?

Y prosiguió:

—¡Tienes razón cuando abres así los ojos mirándome con asombro! Pero es así. Puede que tú y yo no veamos ese día, pero ellos sí. Fíjate en lo que te digo: ellos lo verán. Nancy, tú has oído hablar de los barcos de vapor y probablemente has creído en ellos... ¡Claro que has creído! Has oído a estas bestias de por aquí burlarse y afirmar que se trataba de embustes y patrañas: pero no son ni lo uno ni lo otro, son una realidad, y algún día serán una cosa todavía más maravillosa que ahora. Producirán en los asuntos de este mundo una revolución cuya contemplación dejará a los hombres deslumbrados. Yo he estado observando... he estado observando mientras algunos dormían, y sé lo que se viene.

—Incluso tú y yo —continuó Hawkins— veremos el día en que los barcos de vapor remonten el pequeño río Turkey hasta llegar a menos de veinte millas de esta tierra nuestra... ¡Y con la marea alta llegarán incluso hasta aquí! Y eso no es todo, Nancy, ¡no es ni siquiera la mitad! Existe una maravilla todavía mayor: ¡el ferrocarril! Estos gusanos de por aquí ni siquiera lo han oído mencionar nunca, y cuando se lo comenten no lo creerán. Pero se trata de otro hecho. Carruajes que vuelan por el terreno a veinte millas por hora... ¡Por todos los santos, Nancy, imagínatelo! Veinte millas por hora. Sólo de pensarlo sientes vértigo. Algún día, cuando tú y yo estemos en la tumba, habrá un ferrocarril que recorrerá cientos de millas... el trayecto completo entre las ciudades de los Estados del norte y Nueva

Orleans; y deberá pasar a menos de treinta millas de estas tierras, hasta es posible que las toque en un rincón. ¿Y sabías que en algunos lugares de los Estados del este han dejado de quemar leña? ¿Y qué imaginas que queman? ¡Carbón! —Volvió a inclinarse hacia ella y habló nuevamente en un susurro—: ¡Del cual hay enormes cantidades en estas tierras! ¿Te has fijado en esa materia que asoma a flor del suelo en las orillas del afluente? Pues es eso. Tú la has tomado por piedra, como todo el mundo; y la han empleado para levantar pequeños diques y cosas así. Hubo uno que iba a hacerse una chimenea con ellas, Nancy. ¡Creo que me puse blanco como un papel! Porque podría haberse encendido y haber puesto todo en evidencia... Le hice ver al individuo que aquel material se desmenuzaba con facilidad. Después estuvo por hacerla con mineral de cobre... ¡un espléndido mineral amarillo con un cuarenta por ciento de cobre! ¡Hay fortunas y más fortunas de cobre en nuestras tierras! Me dio un susto de muerte la idea de que aquel mentecato instalase sin saberlo un horno de fundición en su casa y abriese de esa forma sus ojos abotagados. Y más tarde se le ocurrió construir su chimenea con ¡mineral de hierro! Aquí hay montañas enteras de mineral de hierro, Nancy, montañas enteras. Yo no podía permitirme correr ningún riesgo. Me pegué al hombre; lo seguía a sol y a sombra; no lo dejé en paz hasta que construyó su chimenea con barro y ramas, como todas las demás chimeneas de esta triste región. Bosques de pinos, trigales, maizales, hierro, cobre, carbón... ¡Espera a que lleguen los ferrocarriles y los barcos de vapor! Nosotros nunca veremos ese día, Nancy... nunca en la vida, nunca jamás, querida: tendremos que avanzar lenta y fatigosamente, alimentarnos con migajas trabajando duro y en la pobreza, en la desesperación y el desamparo: ¡pero ellos viajarán en carruaje, Nancy! Vivirán como los príncipes de la tierra; serán cortejados y respetados; ¡sus nombres serán conocidos de un océano al otro! ¡Ah día dichoso! Alguna vez regresarán aquí, en ferrocarril o en barco de vapor, y dirán, «Este pequeño rincón no ha de tocarse, esta cabaña será sagrada, ¡porque aquí

nuestros padres sufrieron por nosotros, echaron las bases para que nuestro futuro fuese tan sólido como las colinas!».

—Eres un alma grande, buena y noble, Si Hawkins, y como mujer me honra ser la esposa de semejante hombre —dijo ella con lágrimas en los ojos—. Ciertamente iremos a Missouri. Aquí estás fuera de lugar, entre estos palurdos sin perspectivas. Hallaremos un sitio más civilizado, en el que te relaciones con personas de tu clase y seas comprendido cuando hablas, en vez de ser mirado con la boca abierta como si te expresaras en chino. Contigo iría yo a cualquier parte. A cualquier lugar del ancho mundo. Preferiría que mi cuerpo se consumiera y muriese, a que tu mente pasase hambre y se agostase en esta tierra aislada.

—¡Has hablado como quien eres, mujer! Pero no moriremos de hambre, Nancy. Ni mucho menos. Tengo una carta de Beriah Sellers, llegada hoy mismo. Una carta que... pero te leeré unos párrafos.

Salió apresuradamente de la habitación. Una sombra oscureció la luminosidad del semblante de Nancy: una sombra de intranquilidad y decepción. Un desfile de inquietantes pensamientos comenzó a discurrir por su mente. Sin decir nada en voz alta, se sentó con las manos en el regazo; de cuando en cuando las entrelazaba, volvía a separarlas, daba unos golpecitos con las yemas de los dedos de una mano en las de la otra; suspiraba, asentía con la cabeza, sonreía... En ocasiones hacía una pausa, meneaba la cabeza. Todos aquellos movimientos y gestos eran la expresión exterior de un soliloquio íntimo cuyo contenido fue más o menos el que sigue:

«Me lo temía... me lo temía. Beriah Sellers casi nos arruina en Virginia queriendo hacer nuestra fortuna, y fue así que tuvimos que instalarnos en Kentucky para empezar de nuevo. Allí volvió a dejarnos en la ruina al intentar enriquecernos, y tuvimos que venirnos aquí. Y cuando quiso hacer aquí nuestra fortuna casi nos lleva al desastre total. Es un alma honrada y alberga las mejores intenciones del mundo, pero me temo... me temo que es excesivamente

inconstante. Tiene unas estupendas ideas y como buen espíritu generoso comparte sus oportunidades con los amigos, pero parece que siempre hay algo que se atraviesa y lo echa todo a perder. Nunca le he considerado una persona perfectamente equilibrada. Pero no culpo a mi esposo, porque creo verdaderamente que cuando a ese hombre se le llena la cabeza de una idea nueva es capaz de hablar más que una máquina parlante. Hace que cualquiera que le escuche diez minutos acabe creyendo en esa idea. Creo que hasta sería capaz de convencer a un sordomudo, siempre que este último se situase donde pudiera verle a él hablar con la mirada y observar sus explicaciones por ademanes. ¡Qué inteligencia la suya! Me acuerdo de la vez que en Virginia concibió la idea de comprar, muy discretamente, cargamentos enteros de negros en Delaware, Virginia y Tennessee, para recibirlos y pagarlos en Alabama, donde los retendría un tiempo, consiguiendo en el interín una ley que prohibiese, a partir de cierta fecha, vender esclavos al sur. Era algo más o menos así. ¡Mi Dios, el dineral que habría ganado ese hombre! El precio de los negros se habría cuadruplicado. Pero después de invertir un dinero y esfuerzo ingentes, amén de viajar de un lado a otro, con una cantidad de negros comprometida y todo marchando como sobre ruedas, no logró que se dictara la ley y todo se vino abajo... Y me acuerdo de cuando en Kentucky descubrió a aquel viejo zoquete que había dedicado sin éxito veintidós años a la invención de la máquina del movimiento perpetuo; Beriah Sellers comprendió de una sola ojeada dónde había que insertar una ruedecilla dentada más para que funcionase, y yo misma lo vi tan claro como el día cuando se presentó enloquecido y nos sacó de la cama golpeando a la puerta de nuestra casa a medianoche para contarnos el asunto en un susurro, con las puertas cerradas y la vela en un barril vacío. ¡Dinero a espuestas!: cualquiera podía darse cuenta de eso. Pero sí que costó un dineral comprarle el invento al viejo zoquete... y cuando colocaron la nueva ruedecilla se les pasó por alto algún detalle en quién sabe qué parte, y todo fue en vano: el problemático artefacto

no funcionó. Y también está aquella idea que tuvo aquí mismo, y que parecía de lo más accesible; recuerdo las noches que él y Si pasaron en vela trabajando en el asunto, con las cortinas bajas y yo atenta por si andaba cerca algún vecino. El hombre estaba honestamente convencido de que había una fortuna en aquel negro aceite gomoso que sale a borbotones en la orilla del río. Según Si, es carbón; Beriah personalmente lo refinó hasta que casi parecía gua, y efectivamente ardió, sobre eso no hay ninguna duda. Y supongo que a él le habría ido bien con la lámpara que se hizo fabricar para exhibirla en un local que consiguió llenar de acaudalados empresarios en Cincinnati, de no haber sido porque en mitad de la demostración la lámpara explotó y casi les vuela la cabeza a todos los allí reunidos. Todavía me dura el pesar por el dinero que costó aquello. Lamento bastante que Beriah Sellers esté ahora en Missouri, aunque me alegré cuando se fue. Me pregunto qué dirá su carta. Desde luego, será optimista: él jamás está abatido, nunca tuvo un problema en su vida, y si lo tuvo, ni cuenta se dio. Para él siempre es el amanecer, y por supuesto un amanecer hermoso y radiante; nunca se hace mediodía: el sol desaparece y vuelve a salir. Nadie puede dejar de simpatizar con ese hombre, tan bien intencionado... Pero me asusta de veras el encontrarnos nuevamente con él. Lo más probable es que nos vuelva a todos locos, está claro. En fin, veo que se va la anciana viuda de Hopkins: siempre le lleva una eternidad el comprar un ovillo de hilo y vender una madeja de hilaza. Puede que ahora Si pueda venir con esa carta.»

Y así fue.

—La viuda de Hopkins me dio la lata. No tengo paciencia para atender a gente tan fastidiosa. Y ahora escucha, Nancy, escucha esto:

«¡Vente inmediatamente a Missouri! No esperes ni te preocupes por obtener un mejor precio, vende por lo que te den y vente, o podrías llegar demasiado tarde. Abandona tus pertenencias, si es preciso, y vente con las manos vacías. Nunca te

arrepentirás. Aquí están la región más grandiosa, la tierra más amable, la atmósfera más pura: no puedo describirtela, no hay pluma capaz de hacerle justicia. Y se está llenando de gente, llegan cada día de todas partes. Yo tengo el plan más grandioso del mundo y cuento en él contigo: voy a incluir a cada uno de los amigos que alguna vez me hayan respaldado, pues hay bastante para todos y más aún. ¡Chitón! es la consigna. Ni un susurro. Discreción absoluta. Ya verás. ¡Ven! ¡Corre! ¡Deprisa! ¡No esperes por nada!»

—El mismo Beriah de siempre, ¿eh, Nancy? —Comentó Hawkins tras la lectura.

—Sí, creo que en su tono se percibe todavía algo de la vieja canción. Supongo que tú... que irás de todos modos, ¿verdad, Si?

—¡Ir! Supongo que sí, Nancy. Es un completo albur, y admito que el azar no ha sido bondadoso con nosotros; pero, pase lo que pase, esposa mía, ellos tendrán un futuro. ¡Gracias a Dios!

—Amén —fue la respuesta, en todo grave y decidido.

Y con una actividad y precipitación que asombraron y dejaron casi sin aliento a Obedstown, los Hawkins apuraron los preparativos en apenas cuatro meses y partieron apresuradamente en dirección al grande y misterioso vacío situado más allá de los Montes de Tennessee.